



Catequesis de Cuaresma de S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino,
Arzobispo de La Habana.

“Acercamiento a Jesucristo”

*(Siguiendo la obra “Jesús el Señor”
de Angelo Amato)*

S.M.I. Catedral de La Habana
30 de marzo de 2009.

Quinta catequesis

“Jesucristo en el Antiguo Testamento”.

Veamos ahora cómo aparece Jesucristo relacionado con el Antiguo Testamento.

A) El mismo Jesús se refirió muchas veces al Antiguo Testamento, a la Sagrada Escritura considerada así hasta entonces, para hablar de su persona. La escena de la sinagoga de Nazaret, relatada por San Lucas, es muy significativa al respecto:

“Fue Jesús a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga, como era su costumbre los sábados, y se puso en pie para hacer la lectura, le entregaron el libro del profeta Isaías y, desenrollándolo encontró el pasaje donde estaba escrito:

‘El Espíritu del Señor está sobre mí, porque El me ha ungido, me ha enviado para dar la buena noticia a los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad, y a los ciegos la vista. Para dar libertad a los oprimidos, para anunciar el año de gracia del Señor’.

Y enrollando el libro, lo devolvió al que lo ayudaba y se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos fijos en El y El se puso a decirles: ‘Hoy se cumple esta escritura que ustedes acaban de oír’ ” (Lc 4, 16-21).

Tenemos datos suficientes sobre cómo se desarrolla una función religiosa en las sinagogas palestinas en el siglo I de la era cristiana. Este era el esquema: después de algunas oraciones iniciales, seguía el oficio de lecturas con un pasaje de alguno de los cinco rollos de la Ley. A continuación se proclama una segunda lectura, tomada de los profetas, sobre todo de Isaías. Este texto profético se llamaba “cumplimiento” porque venía a ser la explicación, la actualización y el cumplimiento de lo que decía el primer texto.

Veamos cómo nos presenta el pasaje de Lucas a Jesús interpretando la Sagrada Escritura. Hay una diferencia sustancial en relación con la reunión habitual de la sinagoga. En el relato de Lucas no aparece el pasaje de la Ley. Jesús se encuentra directamente con el pasaje de Isaías, es decir, con la lectura profética y El la interpreta y actualiza refiriéndola a sí mismo: “Hoy se cumple esta profecía...”. Por tanto, la Ley ya no es la base de la actualización profética, sino la persona de Jesús; antes era el profeta el que “cumplía” la Ley, ahora es Jesús el que cumple al profeta. (Y con el profeta la Ley y todo el Antiguo Testamento). Jesús es el punto de convergencia y de “cumplimiento” de la Escritura.

Aparece así la verdad de una escritura antigua, precedente, que se cumple en Jesucristo y se convierte en realidad antigua cuando se le compara con la realidad nueva que es Jesús. Es pues correcto afirmar que Jesús mismo recurrió explícitamente a la Escritura para interpretar su persona y su obra.

También Juan presenta a Jesús como intérprete de la Escritura. Dirigiéndose a la muchedumbre de Jerusalén Jesús dice: “Ustedes escudriñan las Escrituras creyendo tener en ellas la vida eterna; pues bien, ellas dan testimonio de mí” (Jn 5, 39).

Jesús usó los títulos del Antiguo Testamento de “Hijo de David”, “Siervo del Señor”, “Hijo del hombre”.

B) La frase “según las Escrituras”.

También la primitiva comunidad cristiana ha tenido que recurrir a la Escritura, al Antiguo Testamento en su conjunto y alusiones a textos particulares. Véase la primera interpretación de la muerte y resurrección de Jesús que hace el primer anuncio apostólico: “Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, fue sepultado y resucitó al tercer día según las Escrituras” (1Co 15, 3-4).

Antes que se escribiera el Nuevo Testamento, es decir, que fueran apareciendo sus textos, hay un período en el cual no hay un rompimiento entre el Antiguo Testamento y el Nuevo que iba surgiendo, sino que la comunidad cristiana va creando su propia escritura, que llamamos hoy Nuevo Testamento, pero teniendo en mano algunos de los grandes resúmenes de textos del Antiguo Testamento. Incluso los nuevos cristianos que se iban agregando a aquella comunidad que no conocían el Antiguo Testamento por no ser miembros del pueblo judío tenían resúmenes de textos del Antiguo Testamento para poder comprender bien quién era Jesús. Este fue el trabajo de los primeros estudiosos cristianos del Antiguo Testamento que como evangelistas o catequistas usaban ya un cierto método para interpretar a Jesucristo a la luz del Antiguo Testamento. Lugares bastante extensos de la Escritura en el Antiguo Testamento eran utilizados también como fuentes de testimonio a favor de Jesús.

C) Continuidad entre Antiguo y Nuevo Testamento.

Hay por tanto una profunda relación entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. El Concilio Vaticano II considera que el Antiguo Testamento es como una preparación al acontecimiento de Cristo que lleva a plenitud toda la revelación y la confirma con su testimonio divino. El modelo más común de esto que decimos lo encontramos en el estilo de la promesa-cumplimiento. Por ejemplo, la proclamación de Juan Bautista, que cita a Isaías, en donde el Señor que él anuncia ya no es el Dios de Israel que conduce al pueblo a la Tierra Prometida, sino Jesús mismo; el comienzo del ministerio de Jesús es presentado a través de una profecía de Isaías (Lc 4, 16-21); las curaciones y los exorcismos son vistos como el cumplimiento de que han llegado los tiempos del Mesías anunciado por Isaías (Mt 8, 17); la persona de Jesús es interpretada como cumplimiento de la misión del Siervo de Yahvé (Mt 12, 18-21). Este modelo de continuidad está bien resumido en la afirmación de Jesús “no piensen que he venido a abolir la Ley y los profetas, no he venido a abolir, sino a dar cumplimiento” (Mt 5, 17). El Antiguo Testamento se convierte así en camino para el Nuevo Testamento, en pedagogo para el Nuevo Testamento.

También hallamos el modelo del tronco-injerto. Por ejemplo, en el evangelio de la infancia de Mateo (Mt 1-2), Jesús es presentado como hijo de David y nuevo Moisés. Esta parte del evangelio está construida de manera que se cumpla la escritura de Isaías, de Miqueas, del segundo libro de Samuel, de Oseas y de Jeremías.

Son indudables, pues, las raíces del acontecimiento de Jesucristo en el Antiguo Testamento, tanto en las consideraciones de Jesús como en la comprensión de fe de la Iglesia Antigua.

2. Relectura cristológica del Antiguo Testamento.

A) Líneas de interpretación.

¿Cómo podemos entender hoy la afirmación de San Agustín: “El Nuevo Testamento está en el Antiguo y el Antiguo Testamento se hace evidente en el Nuevo”?

La novedad absoluta de Cristo, su acontecimiento, no puede leerse de manera inmediata y literal en el Antiguo Testamento, que tiene en sí mismo un sentido histórico, una originalidad y un valor. Toda la escritura del Antiguo Testamento tiene sólo una función preparatoria para la venida de Jesucristo. Por lo tanto, para cualquier tipo de interpretación nos basaremos en dos hechos fundamentales: 1º en que Dios “es al autor que inspira los libros de ambos Testamentos, de modo que el Antiguo encubría el Nuevo y el Nuevo descubre al Antiguo”. Así dice el Concilio Vaticano II en la Constitución Dei Verbum. En ese mismo documento se dice: “Aunque Cristo estableció con su sangre la Nueva Alianza..., los libros del Antiguo Testamento incorporados a la predicación evangélica alcanzan y muestran su plenitud de sentido en el Nuevo Testamento. Y a su vez lo iluminan y lo explican”.

Es decir, la unidad y al mismo tiempo la dualidad, o sea, la diferencia entre el Antiguo y el Nuevo Testamento se encuentran englobadas en Jesucristo y en la comunidad eclesial. La Iglesia, apoyada en la confesión del misterio de muerte y Resurrección de Cristo, anuncia, celebra y vive en el Espíritu Santo este misterio y es el sujeto en el cual encuentra unidad y dualidad el Antiguo y el Nuevo Testamento.

B) Algunos modelos concretos de relectura del Antiguo Testamento a la luz de Cristo.

El recurso al Antiguo Testamento es necesario para una reinterpretación del acontecimiento de Cristo y de su originalidad. De tal manera que San Jerónimo afirma: “La ignorancia de las Escrituras es una ignorancia de Cristo”.

Una lectura de conjunto del Antiguo Testamento evidencia cómo la religión judía en su conjunto tiene una estructura intrínseca de encarnación salvadora. Esto lo demuestra la Alianza, la relación paternidad-filiación, la imagen de la unión de los esposos entre Dios y su pueblo y la promesa de la Nueva Alianza. El teólogo J. Galot llega a hablar de encontrarse en las Sagradas Escrituras, en el Antiguo Testamento los presentimientos de una figura divina del Mesías.

Vamos a describir algunas corrientes de ese dinamismo histórico y mesiánico presentes en el Antiguo Testamento. Estas son:

- a) El mediador de salvación real
- b) El mediador profético
- c) El mediador de salvación sacerdotal
- d) el mediador de salvación celeste.

a) El mediador real.

La profecía de Natán a David (2 Sam 7, 8-16)

En Lucas el Ángel de la Anunciación presenta a Jesús con estas expresiones: “será grande y será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David su padre y reinará para siempre en la casa de Jacob y su reino no tendrá fin” (Lc 1, 32). Jesucristo es presentado con los rasgos de un personaje real, hijo de David e Hijo de Dios. Esto nos remite al Antiguo Testamento que en una de sus esperanzas mesiánicas ve en la figura del Rey el mediador de la salvación entre Dios y su pueblo, es decir, habrá un rey mediador que Dios enviará y protegerá para que salve al pueblo. Así el profeta Natán anuncia al rey David la voluntad de Dios:

“Así dice el Señor de los ejércitos: “Yo te saqué de los apriscos, de andar tras las ovejas, para que fueras jefe de mi pueblo Israel. Yo estaré contigo en todas tus empresas, acabaré con tus enemigos, te haré famoso como a los más famosos de la tierra. Daré un puesto a Israel, mi pueblo: lo plantaré para que viva en él sin sombras... Te pondré en paz con todos tus enemigos, te haré grande y te daré una dinastía. Cuando hayas llegado al término de tu vida y descanses con tus padres, estableceré después de ti un descendiente tuyo, un hijo de tus entrañas, y consolidaré su reino. El edificará un templo en mi honor y yo consolidaré su trono real para siempre. Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo, si se tuerce, lo corregiré con varas y golpes, como suelen los hombres, pero no retiraré mi lealtad... Tu casa y tu reino durarán por siempre en mi presencia y su trono durará por siempre”. (2 Sam 7, 8-16).

El contenido central de la promesa fijada en sus contenidos esenciales ya en el siglo X a.C. se refiere a la protección divina sobre la casa de David y su reino, que tendrá estabilidad perpetua. El favor de Dios, cuyas relaciones con la descendencia de David que serán como las que tiene un padre con su hijo no se retirará jamás de la descendencia de David. Este pacto prolonga el pacto del Sinaí, David recoge y prolonga la promesa hecha a los Patriarcas, ya que garantiza al pueblo de Israel la posesión de la propia tierra, de la propia casa. En el Antiguo Testamento se puede trazar una línea y comienza con la “descendencia” de la mujer en el libro del Génesis, que aplastará la cabeza de la serpiente, pasa por la “descendencia” de Abraham, que llegará a ser un pueblo numeroso, llega a la “descendencia” de David que debe permanecer para siempre y desemboca definitivamente en Jesús, hijo de José, de David, de Judá, de Jacob, de Isaac, de Abraham, como leemos en la genealogía de Jesús en el evangelio de San Lucas (3, 23-38).

b) Los Salmos reales.

En el libro de los Salmos hay una serie de salmos reales, poemas que siguen la huella de la tradición de David. En ellos la historia de Israel queda iluminada por el reinado de David. Así lo vemos en el salmo 78: “Escogió a David su siervo, lo sacó de los apriscos del rebaño; de andar tras las ovejas, lo llevó a pastorear a su pueblo; a Israel, su heredad. Los pastoreó con corazón íntegro”. Estos salmos hablan de la coronación del rey, de la promesa hecha a David que se hace así realización contemporánea en el nuevo rey. Estos salmos presentan al rey como un hombre elegido por Dios consagrado por El. Pero no puede negarse que en estos salmos aparece una figura del “Mesías” revestido de manera asombrosa del don divino, como dice el salmo 21: “Tu victoria ha engrandecido tu fama, lo has vestido de honor y majestad”. Estos salmos en su conjunto han transmitido en la historia la esperanza de un Mesías real, de un Mesías rey.

c) El ciclo del Emmanuel en Isaías.

A finales del siglo VIII a.C. se encuentra la referencia concreta al rey davídico, pero comienza a aflorar la superación de las esperanzas históricas que han ido quedando decepcionadas

1) Isaías 7, 10-17.

El rey Acaz está implicado en la guerra y en lugar de mostrar confianza en la ayuda de Dios, rechaza la protección divina para aliarse con el rey asirio. He ahí una verdadera traición de la promesa de lo que debía ser el rey de Israel, que es siervo e hijo de Yahvé, el único rey poderoso.

A pesar de la traición de Acaz, el Señor, que quiere permanecer fiel a la promesa hecha a David y a sus descendientes promete el nacimiento del Emmanuel. Así expresa Isaías esta profecía: “Por tanto, el Señor mismo te dará una señal: la virgen concebirá y parirá un hijo, que llamarás Emmanuel. Comerá miel con requesón hasta que aprenda a rechazar el mal y a elegir el bien” (Is 7, 14, 15).

Se percibe la voluntad de Dios de permanecer siendo fiel a la promesa hecha a David. Ahora bien, Dios interrumpe la línea de los reyes comenzando de nuevo. Dios mismo intervendrá dando una señal en el nacimiento del seno de una virgen del Emmanuel, es decir, del “Dios está con nosotros”. Este rey ideal, en contraposición al infiel rey Acaz, inaugurará la era de la felicidad en el pueblo de Israel. En el Nuevo Testamento sabemos que el cumplimiento de esta promesa se ha dado en la concepción virginal de Jesús (Mt 1, 22ss).

2) Isaías 9, 1-6.

Es un himno en que Isaías celebra la liberación de la dominación asiria de algunos territorios del norte de Israel por el poder salvífico de Yahvé. Esta liberación se pone en relación con el nacimiento de un rey davídico justo: “Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado, lleva a hombros el principado y es su nombre: maravilla de consejero, Dios guerrero, padre perpetuo, príncipe de la paz; para dilatar el principado con una paz sin límites sobre el trono de David y sobre su reino, para sostenerlo y consolidarlo con la justicia y el derecho desde ahora y por siempre” (Is 9, 5-6).

El lenguaje y los títulos son muy llamativos. Pueden compararse con los de la coronación del faraón de Egipto. Son cuatro, y uno es “Dios poderoso”. ¿Se trata del nacimiento físico de un niño o quizás de la entronización expresada con un nuevo nacimiento? ¿Se refiere a Ezequías, hijo de Acaz o quizás a un rey davídico ideal?, pero el mismo Isaías habla de una ruptura con el infiel Acaz y no es lógica una aceptación de su hijo.

3) Isaías 11, 1-9.

Se trata de un auténtico poema mesiánico cantado por Isaías al futuro rey ideal: “Brotará un renuevo del tronco de Jesé y de su raíz florecerá un vástago, sobre él se postrará el espíritu del Señor, el espíritu de prudencia y sabiduría, espíritu de consejo y valentía, espíritu de ciencia y temor del Señor. Estamos en plena invasión asiria, año 701 a.C., al profeta no le queda más que agarrarse a un rey futuro e ideal que nacerá de la casa de David (Jesé es el padre de David). Este nuevo rey estará enriquecido con el espíritu profético y hará reinar en la tierra la justicia. Restablecerá así una paz paradisíaca en toda la tierra, a tal modo que afirma el profeta: “habitará el lobo con el cordero, la pantera se tumbará con el cabrito, el novillo y el león pacerán juntos; un muchacho los pastorea... el niño jugará con la hura del áspid, la criatura meterá la mano en el escondrijo de la serpiente” (Is 11, 6-8).

También el profeta Miqueas que es contemporáneo de Isaías tiene esta esperanza mesiánica y entrevé al nuevo David naciendo en la pequeña y desconocida ciudad de Belén: “y tú, Belén de Judá no serás la última de las ciudades de Judá porque de ti nacerá...” (Miq 5, 1-5).

4) Otros testimonios.

Jeremías, que tampoco tiene ninguna confianza en la familia real reinante, anuncia un comienzo nuevo en un tiempo en que el Señor suscitará “a David un retoño que reinará como rey verdadero y será sabio y ejercerá el derecho y la justicia sobre la tierra. El nombre de este retoño será “Señor nuestra justicia” (Jer 23, 6).

Ezequiel habla de un nuevo rey que será un nuevo David: “mi siervo David estará con ellos y no habrá más que un solo pastor para todos” (Ez 37, 4).

En Zacarías 9-14, redactado hacia el final del siglo IV a.C. vemos toda la esperanza regia proyectada en un Mesías futuro: “Alégrate, hija de Sión, canta, hija de Jerusalén, mira a tu rey que viene a ti justo y victorioso, modesto y cabalgando en un asno, en un pollino de borrica”.

En estos textos la perspectiva ha cambiado ya. Desde el momento en que los reyes históricos no son capaces de mantener la fe y la promesa hecha a David, el pensamiento se proyecta hacia un rey futuro, el ungido ideal que realizará el plan de Dios.

Una corriente de espera salvífica recorre por tanto todo el Antiguo Testamento. Es la esperanza mesiánica ligada al rey mediador de salvación entre Dios y el pueblo.

d) El mediador sacerdotal.

El sacerdote mediador de la salvación.

Durante el destierro (573 a.C.) el profeta Ezequiel tiene la grandiosa visión del templo futuro descrito por él minuciosamente. El templo garantizará el retorno de la gloria del Señor, será el lugar donde el Señor habitará en medio de su pueblo para siempre. La fuente del templo con sus aguas abundantes revelará la presencia del Señor como fuente de prosperidad y de bienestar. Después del exilio en los textos bíblicos el sacerdote aparece como el verdadero mediador de salvación. En una visión de Zacarías el Señor dice al Sumo Sacerdote Josué: “Si caminas en mis caminos y observas mis leyes tendrás el gobierno de mi casa, serás el guardián de mis atrios y te haré crecer entre los que están aquí”. Pero desgraciadamente la esperanza del mediador sacerdotal también se frustró, pues los sacerdotes no fueron buenos, ni fieles, surgió así una esperanza hacia un mediador sacerdotal futuro enviado por Dios que no sería ya descendiente de Leví porque la descendencia sacerdotal de Leví había frustrado la esperanza, también el sacerdocio se había corrompido y se había hecho contrario al bien y al sentir del pueblo. Por eso en el siglo anterior a la era cristiana se vuelve a encender la espera mesiánica ligada a un Mesías sacerdotal de los últimos tiempos. Esta corriente mesiánica sacerdotal, decepcionada de un sacerdocio salvador por causa de los malos sacerdotes, se proyecta hacia el Mesías sacerdotal futuro. En definitiva hallará su cumplimiento en Jesucristo que siendo hijo de David es también “sacerdote eterno según el rito de Melquisedec” como dice la carta a los Hebreos 5, 10.

e) El mediador profético.

Junto al ministerio político y religioso de reyes y sacerdotes el ministerio profético ha estado siempre activo en Israel. Es más, la función profética es anterior a la del rey y a la del sacerdote. Se trata de una función carismática, constitutiva de Israel, pues expresa su naturaleza y misión radicada como está en una relación muy particular de dialogo con Dios. Moisés es el prototipo del profeta cuya misión tiene dos movimientos: uno descendente de manifestar la voluntad de Dios al pueblo y otro ascendente de intercesión por el pueblo ante Dios. Una característica del profeta es su vocación personal directa e inmediata de Dios. El sacerdote entra en relación especial con Dios en cuanto perteneciente a una tribu particular. El rey, a pesar de la elección hecha por Dios y sugerida por el profeta es legitimado en su función por el pueblo. Sin embargo, el profeta es llamado de manera personal e inmediata por Dios. Se trata de una función esencialmente carismática. Mientras Moisés, prototipo de profeta era al mismo tiempo caudillo del pueblo (función real) y liturgo (función sacerdotal), con la institución de la monarquía y del sacerdocio el ministerio profético quedó exclusivamente al servicio de la revelación de la Palabra de Dios hecha de modo carismático al pueblo.

La línea del profetismo mesiánico pasa desde Moisés por Josué, a través de los Jueces hasta Samuel, Elías, Jeremías y a través del servidor de Yahvé a Jesús. Por esto es muy importante el estudio de los cánticos del Siervo de Yahvé en Isaías de los capítulos 40 al 45.

Introducción a los cánticos.

Los poemas del Siervo de Yahvé constituyen el punto culminante de la corriente profética de mediación profética de mediación salvífica que atraviesa todo el Antiguo Testamento. Aparecen estos poemas después de la destrucción de Jerusalén y del Templo con la desaparición definitiva de la monarquía y la desaparición temporal del sacerdocio. Esto provocó una intensa reflexión profética que desemboca en estos cánticos. La figura del Siervo de Yahvé tendrá un papel importante en la interpretación de la persona de Jesucristo en el Nuevo Testamento. La misión y sobre todo la Pasión y muerte de Jesús serán comprendidas a la luz del Siervo de Yahvé de Isaías.

Los cánticos son obra de un autor llamado el segundo Isaías que ha vivido poco antes del final del destierro de Babilonia (antes del 538 a.C.). Se distinguen cuatro cánticos. El primero contiene la presentación del Siervo (versículos 1-4) y el oráculo relativo a su misión (versículo 5-7).

Primer cántico.

1: Mirad a mi siervo a quien sostengo, mi elegido a quien prefiero.

Sobre él he puesto mi espíritu, para que traiga el derecho a las naciones.

2: No gritará, no clamará, no voceará por las calles;

3: la caña cascada no lo quebrará, el pabilo vacilante no lo apagará.

4: Promoverá fielmente el derecho, no vacilará ni se quebrará,
hasta implantar el derecho en la tierra y sus leyes que esperan las islas.

5: Así dice el Señor Dios, que creó y desplegó los cielos,
consolidó la tierra con su vegetación, dio el respiro al pueblo que la habita y el aliento a los que se mueven en ella.

6: “Yo, el Señor, te he llamado con justicia, te he cogido de la mano, te he formado,
y te he hecho alianza de un pueblo, luz de las naciones,

7: para que abras los ojos a los ciegos, saques a los cautivos de la prisión
y de la mazmorra a los que habitan las tinieblas”.

El segundo cántico (Is 49, 1-6) contiene el discurso del Siervo con la vocación de parte de Dios, su respuesta a la llamada y su misión universal.

1: Escuchadme islas, atended, pueblos lejanos. Estaba yo en el seno materno,
y el Señor me llamó, en las entrañas maternas, y pronunció mi nombre.

2: Hizo de mi boca una espada afilada, me escondió en la sombra de su mano;
me hizo flecha bruñida, me guardó en su aljaba.

3: y me dijo: “Tú eres mi esclavo, Israel, de quien estoy orgulloso”

4: Mientras yo pensaba: “En vano me he cansado, en viento y en nada he gastado mis fuerzas”;
en realidad, mi derecho lo llevaba el Señor, mi salario lo tenía mi Dios.

5: Y ahora habla el Señor, que desde el vientre me formó siervo suyo,
para que le trajese a Jacob, para que reuniese a Israel – tanto me honró el Señor y mi Dios fue mi fuerza –.

6: “Es poco que seas mi siervo y restablezcas las tribus de Israel; te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra”.

El tercer cántico (Is 50, 4-9) contiene la lamentación del Siervo por sus persecuciones y sufrimientos.

4: Mi Señor me ha dado una lengua de iniciado,
para saber decir al abatido una palabra de aliento.
Cada mañana me espabila el oído, para que escuche como los iniciados.

5: El Señor Dios me ha abierto el oído y yo no me he rebelado ni me he echado atrás.

6: ofrecí la espada a los que me golpeaban, la mejilla a los que mesaban mi barba.
No oculté el rostro a insultos y salivazos.

7: Mi Señor me ayudaba por eso no quedaba confundido, por eso ofrecí el rostro como pedernal, y sé que no quedaré avergonzado.

8: Tengo cerca de mí a mi abogado, ¿quién pleiteará contra mí?
Vamos a enfrentarnos. ¿Quién es mi rival? Que se acerque.

9: Mirad, el Señor me ayuda: ¿quién me condenará?

El cuarto cántico (Is 52, 13-53, 12) es el más largo y complejo, pero también el más importante. Podemos subdividirlo en cuatro partes. En la primera Dios habla del éxito y de la exaltación de su Siervo:

13: Mirad, mi siervo tendrá éxito, subirá y crecerá mucho.

14: Como muchos se espantaron de él, porque desfigurado no parecía hombre,

15: así asombrará a muchos pueblos: los reyes cerrarán la boca al ver algo inenarrable y contemplar algo inaudito.

En la segunda parte (Is 53, 1-6) todo el pueblo se expresa con una especie de salmo penitencial ante los sufrimientos del Siervo.

1: ¿Quién creyó nuestro anuncio? ¿A quién se le reveló el brazo del Señor?

2: Creció en su presencia como un brote, como raíz en tierra árida no tiene apariencia ni belleza, para que no nos fijemos en él. Lo vimos sin aspecto atractivo.

3: despreciado y evitado por los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos, ante quien se ocultan los pueblos; despreciado y desestimado.

4: El soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado.

5: traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable vino sobre él, sus cicatrices nos han curado.

6: todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino, y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes.

En la tercera parte es el profeta el que habla de los sufrimientos del Siervo:

7: Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría la boca; como un cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca.

8: Sin defensa, sin justicia, se lo llevaron. ¿Quién meditó en su destino? Lo arrancaron de la tierra de los vivos, por los pecados de mi pueblo lo hirieron.

9: Le dieron sepultura con los malhechores, porque murió con los malvados, aunque no había cometido crímenes, ni hubo engaño en su boca.

10: El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento. Cuando entregue su vida en expiación, verá su descendencia, prolongará sus años; lo que el Señor quiere se cumplirá por sus manos.

En la última parte es Dios quien habla de su Siervo.

11: A causa de los trabajos de su alma, verá y se hartará; con lo aprendido, mi Siervo justificará a muchos, cargando con los crímenes de ellos.

12: Por eso le daré una parte entre los grandes, con los poderosos tendrá parte en los despojos; porque expuso su vida a la muerte y fue contado entre los pecadores, y él tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores.

La persona del Siervo de Yahvé.

En la época de los grandes profetas de acción todo oráculo, toda profecía de promesa miraba automáticamente hacia el futuro, que era el futuro de Dios. En primera instancia la profecía se refería a las circunstancias concretas de la misión del profeta y sus oyentes captaban esas circunstancias, pero las relecturas proyectaban el texto hacia un futuro indeterminado más allá de un presente que no había agotado el significado porque no se había cumplido enteramente. Algunos han pensado que estos poemas se referían a hombres como Moisés, Isaías, Jeremías, Josías, y aún hasta el rey Ciro de Persia. Sin embargo, ninguno de estos personajes tiene los rasgos excepcionales de ese Siervo. Se ha lanzado incluso la hipótesis de un personaje histórico contemporáneo al profeta y considerado como el Mesías auténtico, pero es extraño que este personaje no tenga ninguna huella en la historia, que se le haya perdido la pista de haberse dado tal figura. No falta quien identifica el Siervo con la propia figura del profeta. Entonces la pregunta es ¿cómo es posible por parte del profeta la descripción pormenorizada de su final, de su sufrimiento, del valor salvador y universal de su persona y de su misión?.

La relectura de estos cánticos realizada en el curso de la historia ha abierto su sentido histórico hacia un horizonte de cumplimiento más amplio, de manera que se ha introducido la interpretación mesiánica y escatológica del Siervo, tanto entre los judíos de antes de Cristo como después en la tradición cristiana que ha visto en el Deuteroisías al evangelista de la Pasión, muerte y Resurrección de Cristo.

La misión del Siervo de Yahvé.

El Siervo es presentado como un profeta predestinado desde el seno materno, constituido en su ministerio por una proclamación solemne por parte de Yahvé y todo esto en función de una misión.

Los destinatarios de esta misión son los que están cansados, los ciegos, los prisioneros y más ampliamente “muchos”. El Siervo no tiene que comprometerse en una campaña político-militar, sino en una obra de salvación, el horizonte de la misión es amplísimo, se trata de pueblos, de naciones, reyes, islas, de la tierra, de la humanidad entera.

La función universal del Siervo, véase el primer cántico, es el anuncio de la Palabra y la enseñanza, su misión está marcada por un sufrimiento íntimo, por el temor al fracaso y a la insignificancia, por la sensación de abandono por parte de los hermanos y por parte de Dios y también por un sufrimiento externo caracterizado en el tercer y cuarto cántico por persecuciones de tipo judicial, por graves padecimientos de tipo físico, acusaciones injustas, torturas que terminan en la muerte violenta.

El cuarto cántico dibuja el significado salvador de la pasión y muerte del Siervo, su sufrimiento sobre todo querido por Dios como parte integrante de su misión, es la consecuencia de los pecados de los demás. Aunque es inocente el Siervo sufre por los pecados nuestros y de muchos. Su sufrimiento es un sufrimiento vicario, es decir, por nosotros. Sufrir no sólo por causa o por culpa nuestra sino también por nosotros en el sentido en que sufre y muere en nuestro lugar, reemplazándonos a nosotros. Sus padecimientos son causa de salvación para los demás.

Este sufrimiento será recompensado puesto que conseguirá un triunfo sin fin. Ante el estupor de todos el Siervo tendrá éxito, será honrado, exaltado y muy levantado. Esta victoria tiene un valor salvador, pues el siervo dará la vida a los demás y podrá restablecer la verdad sobre la tierra. Una vez levantado y glorificado ejercerá su función mediadora de interceder por los pecadores. No falta quien llama “resurrección” a ese levantamiento y a esa exaltación del Siervo, porque es cierto que la nueva actitud de Dios en relación al Siervo se realiza después y más allá de la muerte.

En estos cánticos no podemos dejar de señalar que hay una descripción antes de tiempo de la Pasión, muerte, sepultura y Resurrección de Jesucristo, inocente, entregado a la muerte, en medio de sufrimientos atroces, y resucitado después por Dios para ser causa de salvación universal de toda la humanidad. Hasta los detalles coinciden de manera singular, por eso el Siervo de Yahvé es la figura profética que mejor ha concentrado en sí el prototipo del mediador salvífico definitivo. Su misión de salvación dirigida en primer lugar a Israel se amplía y llega a todos los pueblos. Se realiza en dos momentos, con la obediencia y el sufrimiento en vida, con la victoria y la exaltación después de la muerte.

El mediador celeste.

Hasta ahora hemos hablado de mediaciones intramundanas confiadas a protagonistas históricos concretos, aunque con proyecciones futuras extraordinarias, son reyes, sacerdotes, profetas. Estos mediadores son frecuentemente elevados a una altísima y misteriosa cercanía con Dios. Se les atribuye también un nombre divino “Tu trono, oh Dios permanece para siempre”.

La proyección de estos mediadores hasta la esfera divina y su denominación con nombres divinos son indicio de una tendencia a considerarlos particularmente aptos para revelar la potencia y la justicia de Dios, su dimensión humana es elevada a un altísimo nivel de intimidad con Dios, por eso hablamos de corriente mesiánica ascendente. Del mismo modo podemos señalar una corriente descendente de salvación salvífica. La encontramos en aquellas figuras de mediaciones celestes, trascendentes, que traspasan toda barrera de espacio y de tiempo. Así podemos considerar el ángel de Yahvé.

El ángel de Yahvé.

En el Antiguo Testamento el ángel de Yahvé habla y actúa en la historia como un hombre, alguna vez es incluso llamado "hombre". En un primer momento el ángel de Yahvé no parece distinguirse sustancialmente del mismo Yahvé: el Señor trascendente que actúa personalmente en la historia del pueblo elegido. En la visión del ángel de Agar se trata de Dios mismo que se aparece de forma visible, además en el texto tenemos la identificación del ángel con Dios: "Agar llamó al Señor que le había hablado: 'Tú eres el Dios de la visión'" (Gn 16, 13).

En un segundo momento el ángel actúa en nombre de Dios y es distinto de El. Dios dice a Moisés: "He aquí que yo envío un ángel delante de ti para guardarte por el camino y para conducirte al lugar que he preparado" (Ex 23, 22ss). En un tercer grupo se habla de un ángel de Yahvé que frecuentemente tiene un nombre muy concreto: Miguel, Rafael.

En las apariciones de Yahvé a Abraham junto a la encina de Mambré tenemos una misteriosa presencia de Dios en sus ángeles bajo aspecto de hombres, en el relato se dice que "el Señor se aparece 'a Abraham'" (Gn 18, 1), el cual, sin embargo, ve a "tres hombres" saludados por él con esta invocación "Señor mío, si he hallado gracia a tus ojos, no pases delante de mí sin detenerte ante tu siervo" (Gn 18 3-4). Estos "hombres" son llamados después "ángeles". Se trata de los ángeles hospedados también por Lot, insidiados después por los habitantes de Sodoma, destruyen la ciudad.

La función del ángel es la de manifestar el querer divino, manifestar la voluntad de Dios, comunicarla a los hombres, protegerlos.

Está también una acción intercesora ante Dios: "El ángel del Señor dijo: "Señor de los ejércitos, ¿hasta cuándo no te apiadarás de Jerusalén y de las ciudades de Judá contra las que estás airado desde hace ya setenta años?" (Sac 1, 12). Esta compleja figura del ángel que se califica como mediación salvífica a partir de la iniciativa de Dios ha podido llegar a ser objeto de espera mesiánica, es decir, se puede esperar un salvador celeste, que sea como un ángel, incluso que tenga figura humana. Es significativa aunque misteriosa la presencia de esta nota en un texto de la primera mitad del siglo V a.C.: "Mira, yo envío mi mensajero (mi ángel), para que prepare el camino ante mí. De pronto entrará en el Santuario el Señor a quienes ustedes buscan, el mensajero de la alianza que ustedes desean, mírenlo entrar, dice el Señor de los ejércitos" (Mal 3,1).

Como se ve la esperanza mesiánica atraviesa todo el Antiguo Testamento, se espera un Mesías profeta, se espera un Mesías rey, se espera un Mesías sacerdote. Jesucristo encarnará a ese Mesías sacerdote, profeta y rey, pero se espera también un Mesías celestial, enviado del cielo, como un ángel del Señor, alguien que quizás pasando con aspecto humano nos trae a Dios a nosotros. Todo esto se encuentra realizado en Jesús y no sería comprensible la persona de Jesús sin el conocimiento del Antiguo Testamento, dentro del cual, dentro de cuya tradición, dentro de cuya revelación, ya aparece dibujada la figura de Jesús hasta que llega el enviado de Dios a nosotros en el Niño de Belén, en el Jesús de Nazaret, en el Señor crucificado, en el Señor Resucitado, en el Hijo de Dios hecho hombre.